



Revista Conflicto Social - Año 11 N° 19 - Enero a Junio de 2018

1966: intelectualidad en disputa. El debate sobre los “intelectuales revolucionarios” en Casa de las Américas

1966: intellectuals in dispute. The debate on the “revolutionary intellectuals” in Casa de las Américas.

Leonardo Candiano*

Recibido: 19 de febrero de 2018

Aceptado: 16 de mayo de 2018

Resumen: El trabajo indaga en las reflexiones y prácticas intelectuales generadas en Cuba durante 1966 a partir del análisis de artículos publicados por uno de los más emblemáticos órganos de difusión culturales de la Revolución: Casa de las Américas. En dicho año y por una confluencia de factores políticos y culturales se produjeron renovados posicionamientos respecto del quehacer intelectual y se problematizó el propio oficio en una Revolución que está construyendo el socialismo en un país subdesarrollado del Tercer Mundo. ¿Qué de la propia labor se sostiene incólume –es inherente a la especificidad del trabajo- y qué se transforma en pos del rol que ocupa el intelectual en la nueva sociedad? Alrededor de este y otros interrogantes se originaron encontradas posturas.

Palabras clave:

Cultura; Revolución Cubana; Casa de las Américas; Intelectual Revolucionario; Política.

Abstract: This article enquires into intellectual practices and reflections arisen in Cuba in 1966 as a result of the analysis of articles published by one of the most emblematic cultural diffusion media of the Revolution: Casa de las Américas. That year and as a consequence of the confluence of cultural and political factors, renew stances in relation to intellectual work appeared, and the profession itself was problematized in a Revolution that is building socialism in an underdeveloped Third World country. ¿What from the work itself remains unabated -it inherent to the specificity of the job- and what is transformed in favour of the role intellectuals have in the new society? Opposite positions arose around this and other questions.

Keywords: Culture; Cuban Revolution; Casa de las Américas; Revolutionary intellectual; Politics.

*Universidad de Buenos Aires (UBA) – Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), Argentina. leonardocandiano@hotmail.com

La práctica intelectual cubana en 1966

Un intelectual no es solamente aquel que necesita de los libros,
sino todo hombre a quien una sola idea,
por elemental que ésta pueda ser, ordena y compromete la vida.
André Malraux

Tres aspectos diversos pero confluyentes promovieron un profundo debate respecto del papel del intelectual en la sociedad y, en particular, en las luchas del Tercer Mundo, a partir de mediados de los años sesenta dentro de Cuba. Por un lado, la aparición en marzo de 1965 del texto de Ernesto Guevara "El socialismo y el hombre en Cuba", escrito paradigmático para el nuevo activismo político y para la intelectualidad revolucionaria, que sorteó la encrucijada de los debates entre "herejes" y "dogmáticos" que marcaron el período de la pugna ideológica en la isla (1961-1965)¹ en lo que respecta al ámbito cultural con una crítica a ambos sectores -aunque mucho más explícita en referencia al dogmatismo- y un llamamiento a una acción intelectual adherida al proceso de construcción del socialismo. Por otro lado, se expresó con mayor énfasis el desplazamiento de la estrategia cultural estadounidense hacia América Latina de una postura belicosa arraigada en los principios de la segunda posguerra mundial y de la Guerra Fría a otra más dialogal a tono con la coexistencia pacífica, lo que fomentó una serie de eventos, publicaciones y producciones culturales en busca de un acercamiento a la intelectualidad continental con el objetivo de aislarla de las posturas radicalizadas con epicentro en La Habana.

Por último, hizo su aparición pública en Cuba una nueva camada intelectual, la primera formada académicamente por la Revolución, la cual cuestionó la poca ligazón de sus predecesores con el campo popular,

¹ Luego de la definición del carácter socialista de la Revolución Cubana, se produjo en la isla una disputa ideológica y política en torno al rumbo estratégico que se debía tomar. Un sector -anclado en el antiguo PSP- fue propenso a un acercamiento a la URSS rayano a la subordinación, mientras que otro -ligado al Movimiento 26 de Julio- propuso una mayor autonomía. Si el *Proceso al sectarismo* liderado por Fidel Castro contra una fracción del propio partido revolucionario y el Gran Debate Económico que atizó Ernesto Guevara contra la línea económica prosoviética fueron expresiones de ello, en el ámbito cultural se evidenció a través de una serie de polémicas difundidas entre 1963 y 1964 conocidas como la disputa entre "herejes" y "dogmáticos". Ver Pogolotti, G. (COMP) (2006) *Polémicas culturales de los sesenta*, La Habana: Letras Cubanas.





llamó a realizar un trabajo más orgánico con el proceso político local, poseyó diálogo directo con el liderazgo revolucionario –y en cierta medida motorizó en el ámbito intelectual las orientaciones por éste emanadas-, se organizó fundamentalmente a través del célebre Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana y tuvo en el magazine cultural *El Caimán Barbudo* y en las revistas *Pensamiento Crítico* y *Referencias* sus principales espacios de difusión; además de convertirse en la responsable de la reestructuración de la política editorial de Cuba a partir de ocupar la dirección del Instituto Cubano del Libro.²

Esto promovió una serie de renovadas reflexiones sobre el papel del intelectual en los procesos revolucionarios y la problematización del propio oficio, lo cual tuvo durante 1966 una profusa cantidad de expresiones que caracterizaron el segundo lustro de los sesentas y encontraron en la revista *Casa de las Américas* un cotidiano espacio de difusión. En sus páginas los intelectuales pasaron de debatir el rol de la intelectualidad –sin cuestionar lo que un intelectual es- a deliberar sobre la especificidad de su labor en una Revolución que construye el socialismo en un país subdesarrollado del Tercer Mundo. ¿Qué de la propia tarea se sostiene incólume –le es inherente a su trabajo- y qué se transforma en pos del rol que detenta el intelectual en la nueva sociedad? Roberto Fernández Retamar –director de *Casa de las Américas* desde 1965- dio a conocer a inicios del '67 pero fechado en septiembre del '66 un artículo que ya por su título marcó el interés en el tema: “Hacia una intelectualidad revolucionaria en Cuba”. Previamente, en el número doble de mayo-agosto de 1966, Lisandro Otero –director de la revista *Cuba* y por entonces flamante vicepresidente del Consejo Nacional de Cultura- publicó también en *Casa* “El escritor en la Revolución Cubana”. En la misma revista había salido un número antes la encuesta “El papel del intelectual en los Movimientos de Liberación Nacional”, y en el volumen de noviembre-diciembre la transcripción de una Mesa Redonda emitida por Radio Habana el 10 de agosto

² Entre sus principales referentes podemos señalar a Fernando Martínez Heredia, Aurelio Alonso, Jesús Díaz, Ricardo Machado y Rolando Rodríguez.

de 1966 sobre la penetración cultural del imperialismo estadounidense en América Latina, en la que participaron Fernández Retamar, Otero, Ambrosio Fonet y Edmundo Desnoes, y en la cual se explicitaron las lecturas críticas realizadas por la intelectualidad ligada a la Revolución respecto de la estrategia en el ámbito intelectual dispuesta por los Estados Unidos. Al mismo tiempo, *La Gaceta de Cuba* difundió en su edición de abril-mayo distintas miradas sobre la perspectiva generacional en torno de la Revolución, y *Bohemia* publicó el 22 de julio una encuesta a doce intelectuales cubanos sobre literatura revolucionaria.

De ambas, en las que participó el director de *El Caimán Barbudo* y miembro del Departamento de Filosofía Jesús Díaz, surgieron debates diversos, uno con Ana María Simó y otro con Jesús Orta Ruiz, que poblaron números posteriores de sendas publicaciones. También durante julio en el periódico *Granma* y días después en el número de septiembre octubre en la propia revista *Casa de las Américas* circuló -con más de un centenar y medio de firmas de intelectuales cubanos a su pie- una carta abierta con cuestionamientos al poeta Pablo Neruda por las consecuencias políticas que se desprendieron de su viaje a Perú y a los Estados Unidos y por los efectos de su participación en New York en el Congreso del PEN Club, en lo que fue el inicio de otra breve polémica. 1966 fue el año, a su vez, de una enérgica disputa debida al surgimiento de *Mundo Nuevo*, revista "latinoamericana" escrita desde París con turbias fuentes de financiamiento que la vinculaban a la CIA.

Se advierte a partir de esta simple enumeración, que 1966 constituyó uno de los puntos altos de la conflictividad ideológica en la Revolución, lo cual no podía dejar de evidenciarse en sus órganos intelectuales.

La penetración estadounidense en la cultura latinoamericana

La discusión sobre la concepción del intelectual en la Revolución se desplegó contemporáneamente a una ofensiva cultural de los Estados Unidos en América Latina. Washington requirió en los años sesenta de la





gestación de nuevas estrategias ante la abrumadoramente mayoritaria intelectualidad comprometida y/o revolucionaria que se instituyó por entonces en el continente. Si en el período ser intelectual era prácticamente sinónimo de ser de izquierda, resultó notorio que la promoción de valores, costumbres y bienes simbólicos que permitiesen reproducir la hegemonía del capital demandó métodos peculiares que hicieran frente a esta tendencia general y a las consecuencias de la inédita primera revolución socialista triunfante en Cuba. Esto no implicó suprimir procedimientos tradicionales -organización de congresos, fundación de editoriales, pago de viajes, promoción de escritores, apropiación de medios masivos de comunicación, etc., todos ellos presentes fundamentalmente desde la constitución del Congreso por la Libertad de la Cultura³-, pero sí articularlos desde ópticas diferentes.

La inserción del *State Department* y de la CIA en la producción cultural latinoamericana no solamente es reconocida y está comprobada hoy día, sino que es más antigua que lo acontecido en los sesenta.⁴ Sin embargo, la denuncia pública del desenvolvimiento de una política cultural sostenida y financiada desde agencias de inteligencia estadounidenses en forma simultánea a los sucesos motivó intensas exhortaciones, polémicas y hasta rupturas entre los intelectuales integrados activamente a la Revolución Cubana, o entre éstos y aquellos que se fueron distanciando al encontrar espacios de difusión y desarrollo personal en las iniciativas cuestionadas, como sucedió con la aparición de *Mundo Nuevo*, con la aceptación de Carlos Fuentes de un puesto en el staff de *Life en Español* o con la participación de Neruda en el Congreso del PEN Club, por señalar

³ El Congreso por la Libertad de la Cultura surgió en 1950 con un sesgo liberal y anticomunista. Fue un intento organizado y sostenido desde la CIA a través de fundaciones estadounidenses como Ford, Farfield, Rockefeller y Hoblitzle, que fueron utilizadas como fachadas para el financiamiento de actividades que pretendieron contrarrestar la influencia soviética sobre la intelectualidad occidental, en alza al inicio de la segunda posguerra. El CLC contó con presencia en más de treinta países a través de asociaciones que buscaron articular a las intelectualidades nacionales y coordinarlas entre sí. Dispuso desde 1953 de un órgano de difusión en español dedicado a fortalecer el predominio cultural liberal, la revista *Cuadernos*, cuya existencia perduró hasta junio de 1965.

⁴ Ver Calandra, B; Franco, M. (eds.) *La guerra fría cultural en América Latina. Desafíos y límites para una nueva mirada de las relaciones interamericanas* (2012), Buenos Aires: Biblos; Stonor Saunders, F. *La CIA y la guerra fría cultural* (2001), Madrid: Debate; Mudrovic, M. *Mundo Nuevo: Cultura y guerra fría en la década del '60* (1997), Rosario: Viterbo.

tres ejemplos célebres del año '66. En este sentido es que María Eugenia Mudrovic sostiene que la aparición de la revista *Mundo Nuevo* en junio de 1966 formó parte de un proyecto general cuyo objetivo fue enfrentar la política cultural cubana que fomentaba la radicalización política de la intelectualidad y su decidida inserción en la construcción revolucionaria en el Tercer Mundo; y se integró inorgánicamente a heterogéneos y descentrados espacios de fomento, becas, programas y propuestas educativas y editoriales.⁵

Estudios como *La CIA y la guerra fría cultural* (2001), de Frances Stonor Saunders, y el volumen colectivo coordinado por Benedetta Calandra y Marina Franco *La guerra fría cultural en América Latina. Desafíos y límites para una nueva mirada de las relaciones interamericanas* (2012) comprueban estas aseveraciones con sumo detalle. Si bien se circunscribe prioritariamente a la actividad y a la financiación establecidas en el terreno cultural por parte de la agencia de espionaje gubernamental estadounidense en Europa Occidental, la investigación de Stonor Saunders acredita la utilización de decenas de fundaciones presuntamente altruistas como pantallas a través de las cuales se pretendió influir en el ámbito intelectual, neutralizar la ascendencia del marxismo y aminorar el cuestionamiento hacia la política expansionista de los Estados Unidos también en América Latina. Rol fundamental le atribuye para ello al Congreso por la Libertad de la Cultura, espacio que logró establecer una nutrida red mundial de intercambio intelectual y penetración ideológica durante casi dos décadas. La minuciosidad del trabajo de Stonor Saunders corrobora la importancia que Estados Unidos le otorgó a la problemática cultural cuanto menos desde la administración Eisenhower iniciada en 1951. Respecto de América Latina, sostiene que si bien las tareas del CLC comenzaron prácticamente en simultaneidad con las realizadas en Europa Occidental, se desarrollaron con mayor firmeza desde 1962, esto es,

⁵ Lisandro Otero expone en un diálogo radial publicado en *Casa de las Américas* en su número 39 titulado "Sobre la penetración del imperialismo yanqui en América Latina" la participación de la CIA en proyectos académicos que se vinculaban con las necesidades del Pentágono, como el Camelot en Chile, el Simpático en Colombia, el Job 430 en Argentina y el Colony en Perú.





luego del fracaso de la invasión de Playa Girón y ya con John Fitzgerald Kennedy en el gobierno.

La compilación de Calandra y Franco, por su parte, incorpora estas evidencias pero sobresale por su problematización de la noción de "guerra fría cultural" asumida por Mudrovic y por Stonor Saunders, pues certifica la existencia de programas clandestinos de penetración cultural anteriores al surgimiento de la II Guerra Mundial y, por consiguiente, previos a la fundación de la propia CIA; lo que equivale a constatar que nacieron con antelación a la guerra fría en sí. Tales proyectos se fundamentaron por un afán expansionista de los Estados Unidos que trascendió su disputa con la URSS, ya que la ofensiva cultural estadounidense también se desarrolló, por lo menos en Centroamérica, para enfrentar la influencia francesa en algunas islas del Caribe, así como la de la Alemania Nazi ya durante la guerra. Asimismo, este texto contiene en su última sección una serie de artículos afincados en realidades nacionales que discuten la presunta homogeneidad con la que suele abordarse la región. De este modo, la renovada ofensiva cultural organizada y coordinada desde los Estados Unidos en los años sesenta a raíz de la influencia de la Revolución Cubana sobre la intelectualidad latinoamericana se imbricó con una serie de experiencias previas que formaron parte de una estrategia global de dominación ideológica sostenida en el tiempo, con sus respectivos quiebres, replanteos y continuidades.

Ya en 1966 Lisandro Otero alegó que fue a partir del gobierno de Kennedy que Estados Unidos suscitó una mayor focalización sobre el ámbito intelectual de América Latina. El escritor cubano notó que con él llegó a la Casa Blanca en 1961 un grupo de intelectuales de la Universidad de Harvard que le proporcionó a la dirigencia de ese país una más sutil comprensión de la importancia política de los intelectuales tanto dentro de Estados Unidos como en América Latina, lo que motivó un cambio en la estrategia hacia ese sector que fue continuado por Johnson al nombrar un Comisionado de Asuntos Culturales en su estructura de gobierno.⁶

⁶ Cabe mencionar aquí un dato presente en el texto de Saunders, que advierte que Kennedy invitó a 156 famosos artistas a las celebraciones por su asunción (Ver Stonor Saunders, F. Op Cit. p. 479).

Por otra parte, la insistente búsqueda por conformar una Comunidad Latinoamericana de Escritores -cuya primeras insinuaciones pueden encontrarse en los Congresos de Concepción de 1960 y 1962, aunque más explícitamente en el de Génova de 1965- fue retomada por estas usinas de pensamiento con un marcado interés de que se ejecute sin preponderancia de la intelectualidad cubana. Coincidieron con este intento el I Congreso Latinoamericano de Escritores de Arica y el XXXIV del PEN Club realizado en New York,⁷ ambos de 1966, el II Congreso Latinoamericano de Escritores de México de 1967, el III de Chile de 1969 y el IV de Puerto Azul, Venezuela, de 1970. Así, la pretensión por coordinar y establecer nexos sólidos entre los intelectuales comenzó a formar parte de las luchas por hegemonizar el área cultural latinoamericana.⁸

Si es admitido que la simpatía generada en la intelectualidad continental fue uno de los sostenes utilizados por la isla para sortear, en parte, su aislamiento del resto de los pueblos de América luego de su expulsión de la OEA y del comienzo del bloqueo económico aún vigente, cuando no lograr a partir de ella la integración de cuadros políticos e intelectuales a la Revolución; también lo es que se lo pretendió combatir con la bandera -y los dólares- que enarbolaron la autonomía del "campo cultural" y la despolitización del hombre de letras mediante las máximas de la cultura liberal: neutralidad, objetividad, moderación, consenso y división irreducible entre teoría y práctica. Con estos rasgos se multiplicaron desde mediados de los sesenta concursos, jornadas, conferencias, congresos, publicaciones, traducciones, promoción de escritores e invitaciones especiales de universidades e instituciones.

A ello se agregaron investigaciones académicas sustentadas por organismos gubernamentales estadounidenses o por centros de estudios

⁷ Al respecto resulta clarificador el capítulo del libro de Stonor Saunders que se centra en el PEN Club y su vinculación con el CLC a partir de 1964 -titulado "PEN"-, lo que a su vez incorpora una nueva arista a la polémica entre la intelectualidad cubana y Pablo Neruda por la participación del poeta chileno en el Congreso organizado por dicha institución.

⁸ Es evidente que no sólo se trató de una estrategia diagramada desde Washington, sino que ésta empalmó con las reales posibilidades de consolidar un bloque cultural en América Latina, cuyo boom narrativo comenzaba a resonar en el mundo entero. Como señala Gilman en *Entre la pluma y el fusil* (2003), Buenos Aires: Siglo XXI: "Desde 1960 en adelante existieron varios intentos por organizar e institucionalizar una comunidad intelectual latinoamericana, en un sentido a la vez gremial y político". p.104.





por ellos financiados. No en balde el por entonces senador Robert Kennedy advirtió en un discurso ante sus colegas el 12 de mayo de 1966 que debido a la *inevitabilidad* de una nueva revolución en América Latina lo que los Estados Unidos tenía que hacer era intentar alterar su carácter, esto es, moderarla; y para eso, en primer lugar, propuso un nutrido intercambio entre intelectuales y estudiantes de los Estados Unidos y de América Latina.⁹ De esa manera, se tornó notoria para la intelectualidad cubana la pretensión de la diplomacia estadounidense de cooptar intelectuales, distanciarlos de los movimientos de liberación a través de prebendas y posicionamientos ideológicos desde donde fomentar la asepsia de la práctica intelectual y apostar así a su inocuidad política. El fin fue el de resquebrajar primero y quebrar después la ascendencia lograda por la Revolución Cubana sobre la intelectualidad del continente y alejar a los intelectuales latinoamericanos de los movimientos populares combativos de sus respectivos países.

Ello supuso un replanteo de los intelectuales cubanos que tuvo en el año 1966 una serie de iniciativas evidentes, entre las que se destacó la invitación oficial realizada por Cuba a un grupo de intelectuales a participar en la Conferencia Tricontinental de enero de ese año —simultáneamente a la realización del Congreso de Arica, al que por esta razón los intelectuales cubanos no acudieron—, en la que confluyeron movimientos revolucionarios de Asia, África y América Latina para delinear estrategias de acción en sus respectivas luchas de liberación nacional bajo un sesgo antiimperialista y poscapitalista. Así, si desde los Estados Unidos se apostó a la moderación, el apoliticismo, la neutralidad y el alejamiento de la problemática social como principios de la producción intelectual; Cuba fomentó una mayor inserción de los intelectuales en los movimientos populares, en particular en aquellos que promovieron la lucha armada. Fernando Martínez Heredia recuerda en diálogo con la investigadora Liliana Martínez Pérez la invitación realizada al equipo del Departamento de Fi-

⁹ Ver (1966) "Carta abierta a Pablo Neruda". *Casa de las Américas* N° 38, septiembre-octubre. La Habana: Casa de las Américas.

lososfía por parte del Secretario de Organización del Partido Comunista de Cuba e histórico líder del Movimiento 26 de Julio, Armando Hart Dávalos, para integrarse a la organización de la Tricontinental como asesores en cuestiones ideológicas y de pensamiento. En dicha Conferencia se fundó, a su vez, la Organización Latinoamericana de Solidaridad con el Tercer Mundo -OLAS-, que tuvo en enero de 1967, también en La Habana, su primer encuentro oficial y que se convirtió en el más estructurado organismo supranacional constituido bajo influencia cubana como espacio alternativo dentro del ámbito revolucionario a los designios de Moscú.¹⁰

Qué hacer (y qué no)

Fue en este contexto que se agudizaron las discusiones en torno del quehacer intelectual dentro de los procesos emancipatorios. La encuesta titulada "El papel del intelectual en los Movimientos de Liberación Nacional" del N° 35 de marzo-abril de 1966 y los artículos "El escritor en la Revolución Cubana" del N° 36 y "Hacia una intelectualidad revolucionaria en Cuba" del N° 40, publicados todos en *Casa de las Américas*, lo certifican.

Intelectuales en la Tricontinental: pensar(se desde) el Tercer Mundo

Contestada por once escritores que participaron de la Tricontinental y coordinada por un periodista del semanario *Marcha*, Carlos Nuñez, la encuesta precisó su pertinencia a raíz de la inédita convergencia entre políticos, guerrilleros, militantes clandestinos e intelectuales en dicho evento, en franca discordancia con los postulados de la ofensiva cultural estadounidense.

¹⁰ Ver Martínez Pérez, L. (2006); *Los hijos de Saturno, Intelectuales y Revolución en Cuba*. México: FLACSO. p. 119.





Los cubanos Fernández Retamar y Otero, el colombiano Jorge Zalamea, el peruano Mario Vargas Llosa, el argentino Alfredo Varela, los chilenos Gonzalo y Manuel Rojas, el guatemalteco Manuel Galich, el italiano Alberto Moravia y los franceses Régis Debray y François Maspero respondieron de manera dispar. De todos ellos, sólo Moravia cuestionó la ligazón del hecho estético con lo político. Cercano a él, Vargas Llosa definió como un desgarramiento la articulación entre el posicionamiento político del escritor revolucionario y su creación artística, pues en ocasiones pueden no coincidir debido a lo irracional, intuitivo, espontáneo e incontrolable que para el escritor peruano es la producción estética. Esto, no obstante, no le quita al creador un puesto en lucha política y social, pero lo detenta en cuanto ciudadano y no como artista, postura semejante a la del escritor italiano. También centrada en una categórica discriminación entre lo cultural y lo político aunque sumida en la noción de intelectual comprometido se encuentra la respuesta de Gonzalo Rojas, para quien el papel del intelectual en los movimientos de liberación nacional se resume a su práctica cultural concreta a través de la construcción de revistas, talleres y libros en una disputa ideológica que trascienda los claustros a los que comúnmente se reducen tales producciones y supere el formalismo estético y académico con el que se caracterizan. El intelectual, desde esta posición, complementa con su acción la lucha que llevan adelante otros en el terreno político, en una segmentación de roles preestablecida que la intelectualidad cubana discutirá fuertemente no por impugnar la realización de tales iniciativas, sino por circunscribir la acción intelectual meramente a ellas y por el grado de externidad que se postula para el intelectual en relación con los movimientos políticos revolucionarios.

Dentro de esta clase de posicionamientos que escinden irreductiblemente política y cultura, quien sustentó la actitud más ortodoxa dentro del pensamiento marxista fue el argentino Alfredo Varela, para quien el rol del intelectual en los procesos revolucionarios debía ser el de acompañar, alentar y fortalecer las luchas de sus respectivos pueblos, lo que lo ubica como ilustrador y defensor discursivo tardío de epopeyas ajenas.

Diversa fue la respuesta de los intelectuales cubanos, en particular la de Fernández Retamar. Si bien sus manifestaciones fueron retomadas de manera más organizada en su posterior “Hacia una intelectualidad revolucionaria en Cuba” –por lo que las abordaremos cuando nos aboquemos a ese escrito–, son de subrayar aquí tres aspectos de su posición: por un lado, su atención –al retomar explícitamente a Gramsci– en la propia categoría de intelectual al discutir qué tipo de prácticas se reúnen dentro de tal concepto y cuáles quedan fuera y por qué, lo que autoriza indicar que es la propia noción lo que debe ser problematizada y repensada junto con la sociedad en su conjunto en el contexto de una revolución. No estamos ante profesionales incólumes que *desde afuera* otorgan conciencia a los desposeídos ni ante agentes externos que desde algún volátil lugar se integran a la lucha de clases; sino ante hombres y mujeres que cumplen una determinada función dentro de la sociedad. Adscrito explícitamente al pensamiento gramsciano, Retamar postuló una extensión del término, que pasó a contener tanto al poeta como al dirigente político y al maestro, con lo que renegó de posturas tradicionales como en las que se afincaron las respuestas de Moravia y Vargas Llosa.¹¹ Por otro lado, Retamar se circunscribió a la singularidad del caso cubano, lo que le otorgó una comprobación histórico-concreta a sus argumentos. Finalmente, es de destacar la síntesis con la que cerró su exposición:

A lo largo de estos años, ¿cuál ha sido, pues, el “papel del intelectual”? Sin intentar un resumen y dando por sentado otras tareas ciudadanas (pues es obvio que sólo hablo de intelectuales que son o aspiran a ser revolucionarios), yo diría que funcionar en la tarea concreta, de orden práctico, que se le haya asignado; pensar, interpretar la revolución, sus raíces, sus vínculos, su sentido, lo que nos ha llevado a una comprensión de nuestro mundo, el mundo subdesarrollado, el tercer mundo; y, en el caso de un artista, particularmente de un es-

¹¹ Este posicionamiento sobre quién es considerado intelectual fue retomado ampliamente en la época, situación que motivó que sectores mayoritarios entre los que debatieron sobre el tema incluyeran, por ejemplo, a Fidel Castro y a Ernesto Guevara dentro de esta concepción, pues el líder político es, también, un tipo de intelectual.





critor, expresar tanto el fervor como la tensión de una sociedad nueva que nace, que vamos construyendo y que nos va construyendo: y expresarlos sin abandonar el ojo crítico gracias al cual se es un intelectual y se sirve de veras a la revolución. Pues de servir se trata.¹²

El intelectual aquí aparece integrado orgánicamente al proceso revolucionario y realiza tareas militantes además de las propias de su especialización. Dentro de lo específico de su labor, se concentra en la reflexión que permite una más aguda comprensión del proceso en curso y una precisa expresión del mismo sin caer en subordinaciones respecto del poder político en un difícil, inestable pero necesario equilibrio entre las demandas del proceso colectivo al cual se integra –y por momentos del propio liderazgo político- y su ojo crítico -lo que, por lo tanto, sugiere una obvia autonomía- gracias al cual, en definitiva, se es intelectual y se sirve a la Revolución. Desde su enfoque, en contraposición con el planteo de Vargas Llosa, puede haber una finalidad premeditada en lo artístico, incluso la acepción de la palabra “servir” es utilizada por el poeta en toda su polisemia, pues se trata tanto de una utilidad en sí misma como de ponerse al servicio de una causa.

Desde una perspectiva que ubica al intelectual como parte de lo que debe ser transformado y no como la procurada solución de los conflictos ideológicos existentes, Retamar acentuó la necesidad de su inserción en el proceso educativo y en la administración del nuevo gobierno debido a que el embrionario Estado requiere del aporte de todos para alcanzar sus objetivos sociales, lo que lleva a los intelectuales a realizar labores que exceden las específicas de su rama:

Dada su condición subdesarrollada, [el país] carece de cuadros intelectuales suficientes, y requiere que reales o posibles escritores, filósofos y artistas se den (también o exclusivamente: esto depende de su fuerza y de otros factores) a las más di-

¹² Nuñez, C. (Comp) (1966); “El papel del intelectual en los Movimientos de Liberación”. *Casa de las Américas* N° 35. La Habana: Casa de las Américas. p. 89.

versas actividades intelectuales: las propias de periodistas, profesores, diplomáticos, editores, funcionarios, técnicos, etc. Desde luego: un grupo de aquéllos persiste en realizar tareas de creación, paralelamente a las otras.¹³

A partir de esta óptica se comprende el sentido de la anécdota del Che Guevara con un escritor latinoamericano que en la introducción a esta encuesta Carlos Nuñez recordó y que en lecturas críticas como la de Claudia Gilman en *Entre la pluma y el fusil* sirvió como fundamentación del contenido presuntamente antiintelectual del líder revolucionario argentino y del proceso revolucionario cubano en su conjunto:

El relato tiene como protagonista a Che Guevara y un escritor latinoamericano; éste, al final de su visita a Cuba, declara su entusiasmo por la revolución y su deseo de ayudar a promover en su país un proceso similar:

-Lástima –se queja- que no sepa exactamente qué hacer a través de mi trabajo para promover la revolución.

-¿Qué hace usted? –pregunta Guevara

-Soy escritor.

-Ah –replica el Che-. Yo era médico.¹⁴

A nuestro juicio, no se trató de una *reveladora anécdota* del avance del antiintelectualismo en Cuba ni de un ejemplo del desmedro por la libertad creacional y de crítica para sujetarse a la dirección del poder político,¹⁵ sino de llevar adelante las acciones -y por supuesto, entre ellas las intelectuales- que la Revolución requiera, además de aquellas pertenecientes a la disciplina propia. En su escrito Retamar ubica esa frase en su contexto, el de la exigencia del país mismo, el cual, debido a la condición en la que está sumido como efecto de una relación desigual con las metrópolis capitalistas, carece de cuadros intelectuales suficientes para las tareas que se impone asumir, por lo que precisa que aquellos que se

¹³ Nuñez, C. (Comp) (1966); Op. Cit. p. 88.

¹⁴ Nuñez, C. (Comp) (1966); Op. Cit. p. 85.

¹⁵ Ver Gilman, Claudia (2003); Op. Cit. p. 181.





incorporan al proceso lo hagan no solamente a través de sus deseos individuales sino de acuerdo a las demandas sociales, por lo que deben estar dispuestos a desarrollar tareas que rebasen la especificidad de su formación. Esa fue la experiencia personal que Guevara pretendió transmitir al escritor en la anécdota citada, pues siendo médico –teniendo una específica formación intelectual- no se convirtió solo en un eficaz guerrillero o en un abnegado trabajador voluntario -obvios rasgos de su figura-; sino que fue Ministro de Industrias, Presidente del Banco Nacional, polemista central en lo que respecta a la planificación económica de la transición socialista y en la caracterización del comunismo como una nueva ética y una nueva moral a partir de la construcción del *hombre nuevo*. Es decir, se convirtió en un teórico de la revolución, en un líder intelectual a la vez que en un combatiente armado. Caracterizar como antiintelectual la figura del Che Guevara es negar su propia trayectoria, desplegada en el terreno de las ideas con la misma energía, voluntad, conciencia y abnegación que en la lucha armada. No es precisamente Guevara un ejemplo del militante que reniegue o ubique en un plano accesorio o secundario la práctica y la formación intelectual como para que la interpretación de la anécdota arroje tal resultado¹⁶. Por lo tanto, lo que se afirma es que aquellos que se integran voluntariamente a un proceso que los trasciende como una Revolución en curso comprendan que ello puede llegar a exigir una serie de acciones intelectuales y prácticas cotidianas en la que se pone en juego su existencia misma. Esto no supone prescindir de la actividad propia ni suprimir el acto intelectual en pos de tareas *concretas*, sino sumarse militantemente a la acción colectiva.

Otero, Máspero, Galich y Debray reforzaron este aspecto al aseverar que la teoría y la práctica son dos facetas de un mismo movimiento -distinguibles analíticamente pero inseparables para cualquier intelectual revolucionario- y al enfatizar la necesidad de que se asuman las tareas de cualquier militante, pues en eso se ha convertido un intelectual al inte-

¹⁶ Ello incluso asumiendo que no continuó su labor como médico luego de los primeros combates guerrilleros, lo cual fue una decisión personal del Che y no una imposición del liderazgo revolucionario, al cual, por otra parte, ya pertenecía.

grarse a la Revolución. Otero por ejemplo, sostuvo: "Todo es quehacer: desde la redacción del panfleto hasta el arma para el que está capacitado, desde brindar asilo al perseguido hasta contribuir a la recolección de fondos monetarios".¹⁷

Máspero también señaló que un intelectual revolucionario debe ser ante todo un militante, pues en la militancia precisamente confluyen lo teórico y la práctica. Una de las premisas para ello es tender con su acción a ahondar la reflexión sobre la lucha que se esté llevando a cabo. Esa es la especificidad de su participación orgánica en el movimiento revolucionario, además de cualquier otra actividad que desarrolle dentro del movimiento. El dramaturgo guatemalteco coincidió al plantear que los intelectuales poseen similares responsabilidades a las de cualquier otro sujeto que se integra a la Revolución. El filósofo francés, por su parte, describió la misma idea: "El secreto del valor del intelectual no reside en lo que éste piensa, sino en la relación entre lo que piensa y lo que hace".¹⁸ Ello se evidencia más aún en un período revolucionario: "en el que pensar no basta: en el que es necesario aprender, de y en la lucha revolucionaria, a pensar mejor la vida de todos".¹⁹

Es evidente que el *pensar no basta* de Debray no es un llamamiento a omitir el despliegue del conocimiento, sino a integrarlo a un objetivo común transformador, algo no muy distinto al planteo gramsciano de los *Cuadernos de la cárcel*: "El modo de ser del nuevo intelectual ya no puede consistir en la elocuencia, motora exterior y momentánea de los afectos y de las pasiones, sino en su participación activa en la vida práctica".²⁰ Lo que se explora es la posibilidad de un nuevo equilibrio entre lo teórico y lo práctico como rechazo de las posturas intelectuales tradicionales y como rasgo constitutivo del intelectual revolucionario, que de esta forma se despega de las enseñanzas sartreanas y de la noción de *compromiso* que por entonces regía la práctica de un sector de la izquierda intelectual.

¹⁷ Nuñez, C. (Comp) (1966) Op Cit. p. 94.

¹⁸ Nuñez, C. (Comp) (1966) Op. Cit. 87

¹⁹ Nuñez, C. (Comp) (1966) Op. Cit. p. 87.

²⁰ Gramsci, Antonio (2000) *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Buenos Aires: Nueva Visión. p. 14.





Por ello Debray –cuya deriva lo llevará a trabajar afanosamente contra la Revolución luego de su encarcelamiento en Bolivia- orientó su escrito hacia la politicidad de la labor intelectual en tanto constructora de la teoría necesaria para el desarrollo de la Revolución, para lo que evocó dos máximas del pensamiento leninista: que sin teoría revolucionaria no hay movimiento revolucionario y que la teoría revolucionaria se inserta desde afuera del movimiento obrero para fusionarse con él. Esto se imbrica con la labor de los intelectuales, generalmente sectores medios o altos de la sociedad cuya politización promueve una mayor concientización de los sectores populares en su lucha por la toma del poder. Lo que Debray llamó el *escándalo del leninismo* lo grafica al advertir que: “treinta siglos de huelgas, de paros y de barricadas no habrían sido nunca capaces de engendrar esa inmensa y sinuosa obra de sabio llamada el *Capital*”.²¹ Pero si el autor francés produjo tal afirmación en franco debate con posturas antiintelectualistas, debemos agregar para no caer en un equívoco inversamente proporcional pero semejante al del antiintelectualismo lo que los propios Marx y Engels expresaron, por ejemplo, en el *Manifiesto Comunista*:

Las consignas teóricas de los comunistas no se basan en ningún modo en ideas, en principios que hayan sido inventados o descubiertos por tal o cual reformador del mundo. Son solo expresiones generales de las circunstancias concretas de una lucha de clases existente, de un movimiento histórico que se despliega ante nuestros ojos.²²

Se evidencia que en los fundadores del marxismo se establece una visión dialécticamente integradora de teoría y práctica que no se encuentra explicitada en el postulado del discípulo de Althusser, pues para Debray:

La violencia que provoca dicho parto [la revolución] está pene-

²¹ Nuñez, C. (Comp) (1966); Op. Cit. p. 86.

²² Marx, K, Engels, F (2008); *El manifiesto Comunista* (Traducción: Miguel Vedda). Buenos Aires: Herramienta. p. 42.

trada de teoría, y (...) la teoría está hecha por teóricos, hombres que se relacionan primero con los libros, antes de hacerlo con los hombres o con la materia; hombres que necesitan de la soledad para leer y de una butaca para escribir.²³

La formación teórica resulta trascendental pero aún es pensada excesivamente separada de la realidad a la cual aporta. La teoría nace de los libros para Debray, no de una síntesis entre éstos y *el movimiento histórico que se despliega ante nuestros ojos*; esto es, no de la sistematización reflexiva de una práctica. El libro trae la verdad de por sí, ésta no es sometida al desafío de su vigencia y precisión en la práctica social y en la política cotidiana. Debray parece omitir aquí la segunda de las tesis sobre Feuerbach de Marx cuando ésta afirma:

El problema de si al pensamiento humano se le puede atribuir una verdad objetiva, no es un problema teórico, sino un problema práctico. Es en la práctica donde el hombre tiene que demostrar la verdad, es decir, la realidad y el poderío, la terrenalidad de su pensamiento. El litigio sobre la realidad o irrealdad de un pensamiento que se aísla de la práctica, es un problema puramente escolástico.²⁴

Debray les exige a los combatientes formación política, así como se aleja de toda subversión de la categoría de intelectual, cuya concepción tradicional no logra terminar de quebrarse en su versión. Este posicionamiento se refuerza en las afirmaciones de Galich cuando le otorga a los intelectuales el papel de guías ilustrados del pueblo atrasado:

Corresponde a esos intelectuales esclarecer la conciencia de las masas, superar el atraso de que adolecen estas, desde el punto de vista de sus propias reivindicaciones de clase y de patria (...). Hay aquí una trinchera donde el intelectual revolucionario puede y debe librar una batalla de incalculables proyecciones revolucionarias. Trabajar cerca de y para la clase

²³ Nuñez, C. (Comp) (1966); Op. Cit. p. 86.

²⁴ Marx, K. (1845); "Tesis sobre Feuerbach". Marxists.org [On Line] <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/45-feuer.htm>





obrero y el campesinado, mostrarles el verdadero camino de la liberación nacional, madurar su conciencia de clase, inculcarles el sentido de sus legítimos derechos, quitarles la ilusión de las soluciones burguesas con que las elites los hipnotizan y los usan en su juego.²⁵

Esto sería posible debido a la privilegiada formación que detentan quienes se convierten en intelectuales en el mundo occidental gracias a sus posibilidades de acceso a la educación y a diversas fuentes de conocimiento. En ello coincide Manuel Rojas, quien también ubica al intelectual en la tarea de guía de los trabajadores e incluso de la dirigencia política. Encontramos aquí una autoproclamación del intelectual en tanto ser que de por sí lograría eludir la enajenación y, por lo tanto, inculcar una *verdad* a los desposeídos, postura que se enfrenta a la expuesta por Retamar y que será enérgicamente puesta en cuestión durante el Congreso Cultural de La Habana de 1968, en particular por el argentino León Rozitchner cuando asevere que la formación académica que se recibe en nuestros países no se corresponde con las demandas de la realidad latinoamericana ni con las necesidades populares, por lo que puede convertirse en un instrumento más de dominación y colonización política.²⁶

Por último, Zalamea menciona una perspectiva excluida de las demás reflexiones al centrarse en los medios de difusión, pues a partir de ellos se establece una visión de mundo, un testimonio, una sensibilidad y una práctica cultural específica. Su objetivo es lograr una más satisfactoria divulgación a través de la radio, el cine y la televisión por sobre el libro - al que considera una herramienta superada-. El papel del artista, por lo tanto, no culmina en el punto final de su novela, poema, obra dramática o ensayo, ni hay desgarramiento entre su obra y su posicionamiento político, sino que debe incorporar una estrategia de difusión, debe incidir en los modos de circulación y recepción. El intelectual debe trascender aquí

²⁵ Nuñez, C. (Comp) (1966); Op. Cit. p. 91.

²⁶ Ver Rozitchner, L (1967-1968); "Actividad intelectual y subdesarrollo". *Cuadernos de Ruedo Ibérico* N° 16, diciembre-enero. París: Ruedo Ibérico. pp. 15 a 20.

también, cuanto más no sea en el restringido ámbito estético, su formación específica para desplegar otros roles.

El intelectual en la Revolución. Historización e insinuaciones

Un número después, en el 36-37, Lisandro Otero dio continuidad a los posicionamientos de la intelectualidad cubana integrada a la Revolución con la publicación en *Casa de las Américas* de "El escritor en la Revolución Cubana" en diálogo polémico con el autor mexicano Emanuel Carballo -miembro del Consejo de Redacción de *Casa*-, quien había divulgado en la revista de su país *Siempre!* un texto en referencia a la literatura en la isla.

Otero dividió su trabajo en cinco apartados. En el primero se ciñó al ambiente cultural de Cuba previo a la Revolución, dominado por la apatía y la imposibilidad de un desarrollo genuino para el escritor por la ausencia de una industria editorial, una precaria política cultural estatal y la carencia de lectores debido al alto índice de analfabetismo. En el segundo se centró en la radical transformación de esta situación a partir de la Revolución y la prácticamente total adhesión que causó entre los escritores, lo que produjo una efervescencia militante que motivó una catarata de obras testimoniales junto con la difusión de la producción previa de los escritores. Como propuso Retamar poco después, para Otero esta etapa resultó tan fervorosamente revolucionaria como carente de crítica. No existía en la intelectualidad conciencia de la profundidad del proceso. La tercera etapa estuvo dominada por los intentos del dogmatismo por hacerse de los resortes del Estado en general y de la gestión cultural en particular, a partir de mediados de 1961 y comienzos de 1962. Es un período que Otero denominó *defensivo* ante el temor de los artistas e intelectuales de que en Cuba se reproduzcan políticas autoritarias como había acontecido en la URSS a partir de la década del treinta con la implantación de una estética oficial como el realismo socialista. La corriente dogmática fue repelida, se resistió el embate que promovía una literatura maniquea, moralizante y





panfletaria, pero no se tenía en claro qué hacer. El cuarto apartado se dedicó a tratar de responder este interrogante. En primer lugar, definir a quién dirigir la obra, y seguidamente, mediante qué procedimientos. Ante la primera pregunta, la respuesta obvia no lo dilucida. La obra debe ir dirigida al pueblo, en eso hay abrumadora coincidencia, pero ese pueblo no posee una formación homogénea, allí se ubica el obrero y el campesino recién alfabetizado, pero también el médico y el estudiante, incluso el dirigente político. Ante la segunda interrogación, afirma que el intelectual revolucionario no debe resignarse a utilizar formas previamente digeridas por el público: "Debemos experimentar, ensayar fórmulas nuevas, ser audaces, haciendo uso de un derecho que el socialismo no le niega a sus científicos ni a sus cuadros políticos ni a sus profesionales".²⁷ De ello deriva que los avances formales producidos, por ejemplo, por las vanguardias, no son necesariamente efectos del alienado mundo burgués como afirma un sector del marxismo ortodoxo, sino patrimonio de la humanidad:

Nadie aquí se atreve a llamar reaccionario o burgués a un hallazgo en la novela realizado por un Proust o un Joyce, de la misma manera que no podemos llamar arte clerical a la obra de Miguel Ángel, como tampoco podemos colgar la etiqueta de capitalista a la penicilina o a la línea de montaje industrial. Son elementos que ya pertenecen a la humanidad.²⁸

Sin embargo, ello no debe alcanzar el extremo de ahondar la distancia ya existente entre la elite cultural y los sectores populares que recién comenzaban a leer y a formar parte del nuevo público de los escritores. Los intelectuales cubanos tienen que sortear el riesgo de encerrarse en sí mismos a partir del uso de jergas autosuficientes. Para Otero, sustentar ese equilibrio entre experimentar y no aislarse de su sociedad es una de las prioridades del escritor en el marco de la construcción de una nueva sociedad y de una nueva cultura.

²⁷ Otero, L. (1966); "El escritor en la Revolución Cubana". *Casa de las Américas* N° 36-37, Mayo-Agosto. La Habana: Casa de las Américas. p. 206.

²⁸ Otero, L. (1966); Op. Cit. p. 206.

El “intelectual revolucionario”. Vanguardia, revolución y subdesarrollo

Poco después, en el número 40 de *Casa de las Américas*, Fernández Retamar publicó uno de los pronunciamientos más explícitos respecto de la construcción de la noción de intelectual revolucionario gestada en la isla: “Hacia una intelectualidad revolucionaria en Cuba”.

Allí realizó un *racconto* sobre las distintas generaciones intelectuales existentes en los años sesenta en el país y se centró en la suya, la de aquellos coetáneos de los líderes políticos de la Revolución. Señaló la presencia de tres generaciones en el proceso revolucionario, a las que agregó una precedente y otra en vías de aparición. A la primera de las tres fundamentales la denominó “vanguardista” e incluyó en ella a autores como Alejo Carpentier y Nicolás Guillén; a la segunda la llamó “de enterrerrevoluciones” por ingresar en la vida cultural cubana luego del fracaso de la Revolución del ’33 y ya estar plenamente formada cuando triunfó la Revolución del ’59.

Finalmente, se dedicó a la “generación de la Revolución”: hombres de alrededor de treinta años al momento del triunfo revolucionario. Estas generaciones están flanqueadas, por un lado, por una mayor cuyos sobrevivientes eran ancianos entonces —en la que destacó a Fernando Ortiz, y por otro lado por el surgimiento de una camada juvenil —evidente alusión a los integrantes del Departamento de Filosofía— que realizan sus primeras armas en la cultura cubana y a la que integra con la propia debido a la impronta que ha dejado el triunfo castrista en ambas. A este esquema le agregó el de la actitud clasista que permite complejizar el sentido tradicional de la concepción generacional, que sin embargo es rescatada por el autor pues desde su perspectiva: “un hombre que tuviera cerca de cincuenta años en 1959, no puede haber vivido el proceso revolucionario como la experiencia formadora que ha sido para quienes entonces andaban por los treinta años a lo más”.²⁹

²⁹ Fernández Retamar, R. (1967); “Hacia una intelectualidad revolucionaria en Cuba”. *Casa de las Américas* N° 40, Enero-Febrero. La Habana: Casa de las Américas. p. 5.





La generación vanguardista entonces fue aquella que surgió alrededor de 1925 y que tuvo a la *Revista de Avance* (1927-1930) como principal nucleamiento cultural y a Rubén Martínez Villena y Julio Antonio Mella como referentes en su tiempo. Se destacó por su articulación con la vanguardia política que comandó la Revolución del '33 y entre sus rasgos intelectuales ubicó una serie de ejes que se articularon con los de la generación de la Revolución, como por ejemplo la preocupación por el marxismo, la presencia de lo negro en sus problematizaciones, la unidad del continente, el carácter colonial de Cuba y el debate sobre la relación entre lo nacional y lo universal.

La generación posterior, "de enterrerrevoluciones", realizó un movimiento de repliegue, intimista, de lo público a lo privado, debido a la frustración que siguió a la derrota de la Revolución del '33 y al asesinato de Guiteras. Su publicación insignia fue *Orígenes* (1944-1956) y sus referentes artísticos más visibles José Lezama Lima, Cintio Vitier, Eliseo Diego y Virgilio Piñera. Eran ya maduros en el '59, y más allá de que en general adscribieron a la Revolución triunfante, ésta no pudo cambiar su impronta.

La "generación de la Revolución" recupera problemáticas promovidas por los vanguardistas, pero se diferencia de aquellos por dos circunstancias: que sus integrantes no han tenido participación activa en el proceso insurreccional revolucionario y que forman parte de una Revolución triunfante en la que desarrollan su tarea. Como explicación de lo primero, Retamar recuerda que: "el desaliento e incluso el desapego político que se habían entronizado en la parte más visible de la anterior generación siguieron cundiendo"³⁰ aún luego del asalto al Cuartel Moncada de 1953, por lo que lo que se incrementó en el período insurreccional no fue el vínculo con la política sino una emigración de intelectuales hacia New York, París y Roma, entre otras ciudades. Fueron tiempos de escepticismo y desapego aquellos en los cuales Fidel Castro desencadenó una de las más profundas revoluciones de la historia, lo que explica por qué debió –hecho que para Retamar de por sí marca la realidad cultural de

³⁰ Fernández Retamar, R. (1967); Op. Cit. p. 8.

esos tiempos— apoyarse intelectualmente en José Martí, dar un salto de casi un siglo hacia atrás.

Por eso propuso que esta “generación de la Revolución” se establezca a partir de 1959 y no antes, pues no participó de los sucesos del '53, tampoco del desembarco del Granma del '56 ni de la lucha guerrillera posterior, lapso de cinco años en el que se gestó y consolidó la vanguardia política. Ante esto: “los intelectuales teníamos que recuperar el tiempo perdido, recuperarnos a nosotros mismos, hacernos intelectuales de la revolución en la revolución”.³¹

Este derrotero lo llevó a desarrollar lo que consideró eran las tareas a realizar: convertirse en intelectuales revolucionarios ya con la Revolución en el poder. Pero... ¿qué peculiaridades debe poseer la práctica de un intelectual para ser adjetivada de esa manera? Antes de esbozar una respuesta, distinguió tres etapas en el proceso formativo de los intelectuales cubanos en la Revolución, lo que le permitió fundamentar las conclusiones a las que arribó sobre el final de su artículo. La primera se inició con el triunfo revolucionario de enero de 1959 y se desarrolló hasta los acontecimientos de Playa Girón y la declaración del carácter socialista de la Revolución Cubana, en abril de 1961.

La segunda comenzó allí y llegó, por lo menos, hasta 1964, y estuvo caracterizada por la lucha contra el sectarismo. La última —la que están transitando los intelectuales al momento de la escritura del artículo— es la que se presentó luego de la hegemonía lograda por el ala heterodoxa al interior del liderazgo revolucionario. Se trata de una periodización semejante, como se ve, a la expuesta por Otero meses atrás. La inicial tuvo como órgano de expresión al magazine *Lunes de Revolución*, se caracterizó por una mezcla de fervor y confusión y fue más entusiasta que reflexiva, según Retamar. Para él, no es momento aún de hablar de la existencia allí de una literatura revolucionaria. Es el tiempo en el cual se *abrieron las gavetas* de los escritores, quienes de pronto accedieron a publicar textos escritos previamente al triunfo revolucionario y que, por ra-

³¹ Fernández Retamar, R. (1967); Op. Cit. p. 10.





zonas económicas, de censura o de exilio, no habían logrado editar. Por ello esto no expresaría a la Revolución, que sucedió con posterioridad a la escritura de esas obras.³² Sin embargo, algo comenzó a transformarse: la imaginación –rasgo predominante de la generación origenista- cedió paso al testimonio e incluso al documento, a la vez que se desplegaron formas experimentales que garantizaron el desarrollo artístico: “se aclimatan en Cuba desde el expresionismo abstracto hasta la nueva figuración y el pop-art. (...) Con Juan Blanco y otros músicos más jóvenes se inicia la creación de la música serial y electrónica, que llegará a utilizarse en grandes actos masivos”.³³

Las nacionalizaciones de empresas y los enfrentamientos cada vez más violentos con Estados Unidos radicalizaron el proceso y tensionaron los debates intelectuales hasta un corolario preanunciado desde la I Declaración de La Habana: la construcción de un Estado socialista en Cuba. La indefinición concluyó, pero, ¿cuál iba a ser el destino de la vida intelectual y del arte a partir de allí? Otras experiencias socialistas ahogaron la creación vía decretos burocráticos y la implantación de una estética unívoca. La suspicacia motivó los encuentros en la Biblioteca Nacional que dieron lugar a las “Palabras a los intelectuales” de Fidel Castro, donde se certificó que no se implantarían normas en cuestiones de arte: “no existiendo más limitaciones para éste que la propaganda contrarrevolucionaria”.³⁴

Comenzó, sin embargo, la pugna ideológica, que se explicitó con el “Proceso al sectarismo” que inició Fidel en marzo de 1962, la discusión económica y las polémicas entre “herejes” y “dogmáticos” en el ámbito intelectual. Luego de esos debates, pero sobre todo, luego de la aparición del texto del Che “El socialismo y el hombre en Cuba” en marzo de 1965, se inició la tercera etapa del proceso.

³² Esta afirmación resulta discutible, pues la posibilidad de edición que comienzan a detentar los intelectuales cubanos a partir del triunfo revolucionario constituye de por sí una cabal expresión de la política cultural de la Revolución, más allá de que su producción haya sido anterior a su surgimiento.

³³ Fernández Retamar, R. (1967); Op. Cit. pp. 11-12.

³⁴ Fernández Retamar, R. (1967); Op. Cit. p. 12.

Obviamente, este esquema no puede ser absolutizado, dirá Retamar, sino que describe el predominio ideológico de un sector sobre otro en la gestión cultural de la isla sin que por ello aquellos que coyunturalmente no ocuparon un espacio de liderazgo se extinguiesen ni transformasen radicalmente sus prácticas en lo que es otro de los rasgos de la Revolución: la existencia en su interior de debates entre orientaciones y lineamientos, hecho que le permitió diversos giros en su historia.

Llegamos así al último apartado, donde esgrimió las tareas concernientes al "intelectual revolucionario". La primera es la de ampliar el horizonte de sus posicionamientos, reflexiones y prácticas más allá de la especificidad de su profesión para abordar los problemas de la construcción de una nueva cultura: "los intelectuales cubanos que han debatido lúcidamente sobre cuestiones estéticas, deben considerar otros aspectos, so pena de quedar confinados en límites gremiales".³⁵ A partir de esta tarea se arriba a una segunda misión: generar un pensamiento descolonizador, lo que comprende producir una práctica intelectual dentro de la condición de país subdesarrollado en la que se encuentra Cuba, un país del Tercer Mundo:

Ningún cubano que haya pasado una temporada cortando caña, en el momento en que el hombre se pasea por el cosmos, duda de que el suyo es un país subdesarrollado, aunque personalmente él pueda recibir cada semana *L'Express* o leer cuatro idiomas. Su óptica toda quedará enmarcada dentro de esa realidad. Escribirá, y sobre todo pensará, dentro de ese contexto.³⁶

Esto lo concatena con la vinculación compleja entre vanguardia, revolución y subdesarrollo, pues: "Se trata de hacer un arte de vanguardia en un país subdesarrollado en revolución",³⁷ para lo cual lo primero es reconciliar términos tradicionalmente pensados como antagónicos. La aspi-

³⁵ Fernández Retamar, R. (1967); Op. Cit. p. 14.

³⁶ Fernández Retamar, R. (1967); Op. Cit. p. 15.

³⁷ Fernández Retamar, R. (1967); Op. Cit. p. 15.





ración será, entonces, la de no permitir que se genere en la isla la bifurcación entre vanguardia artística y liderazgo revolucionario que caracterizó a gran parte del pensamiento de izquierda previamente.

Otro punto en el que se detuvo es en la clase de marxismo a producir por estos intelectuales que se alejan del *gremialismo cultural*, pues el campo socialista posee en esos tiempos un pluricentrismo que reacciona al monolítico congelamiento previo con base en Moscú. El marxismo no es un cadáver a diseccionar, sino una praxis en construcción. Cuba se encuentra ante la posibilidad de erigir un marxismo propio a partir de sus propias tradiciones nacionales y populares, recogiendo lo que considere oportuno de las diversas corrientes de la izquierda mundial. Es mucho lo que resta por hacer, pues, aún no se posee una estética propia, ni una ética, ni siquiera -siguiendo en esto al Che-, una economía política para la transición del capitalismo al socialismo. La construcción de estas herramientas es prioridad para el intelectual revolucionario.

Por último, recordó que tales discusiones están lejos de ser problemas empíricos, pues en Cuba los intelectuales tienen a su cargo la gestión de la cultura del país, por lo que cualquier error teórico deriva en una posible medida incorrecta. De este modo, los intelectuales revolucionarios no pueden imaginarse como *conciencias críticas* –meras cabezas pensantes, espíritus desgajados del cuerpo-, sino como actores sociales que forman parte de la construcción de un Estado socialista a partir de una práctica concreta –sean o no funcionarios–, siempre con la crítica como horizonte:

un intelectual revolucionario (...) no lo será de veras cuando aplauda, a sabiendas de que lo es, un error de *su* revolución, sino cuando haga ver a quien tenga que hacérselo ver que se trata de un error. Su adhesión, si de veras quiere ser útil, no puede ser sino una adhesión crítica, puesto que la crítica es *el ejercicio del criterio*.³⁸

Pero esta crítica del intelectual hacia su Revolución que enunció citando una frase de José Martí al final del pasaje nunca debía ejercerse

³⁸ Fernández Retamar, R. (1967) Op. Cit. pp. 17-18.

desde fuera, sino como parte activa, orgánica, de la misma. No por casualidad el número de *Casa de las Américas* en el que se publica este artículo lleva por título "Desde la Revolución". De hecho, en estas discusiones es como el intelectual se integra definitivamente al proceso revolucionario:

La revolución no es una cosa ya hecha, que se acepta o se rechaza, sino un proceso, cuyo curso ya no es exactamente el mismo después que estamos inmersos en él; de alguna manera; por humilde que sea, con nuestro concurso contribuimos a modificar ese proceso. De alguna manera, *somos* la revolución (...). Ya no discutiremos palabras, ni las últimas teorías, sino hechos, y las meditaciones reales sobre esos hechos.³⁹

La impronta generacional en la Revolución

Del análisis del artículo de Retamar emana -y de una atenta mirada sobre la encuesta colectiva coordinada por Nuñez y del texto de Otero se infiere- la presencia omnímoda de una concepción generacional a la hora de atender la problemática de la transformación de la noción de intelectual en el seno de la Revolución Cubana.⁴⁰ La categoría intelectual no se aborda desde un acercamiento individualizado a ciertos sujetos, sino que se piensa como un hecho colectivo de orden social y político que no por ello deriva en una subordinación de las lógicas inherentes al ámbito cultural.

Aunque enfocada en el surgimiento de una nueva generación intelectual a partir de la coyuntura crítica del bienio 2001-2002 en la Argentina, resulta analíticamente productiva al respecto la concepción de "generación intelectual" propuesta por Omar Acha en *La nueva generación intelectual. Incitaciones y ensayos*. En parte cercano a una tradición que se remonta al pensamiento de Karl Mannheim y adherido a la concepción

³⁹ Fernández Retamar, R. (1967) Op. Cit. p. 18.

⁴⁰ En referencia a esta temática, podemos agregar la ya mencionada aparición en *La Gaceta de Cuba* durante abril-mayo de 1966 de diversas perspectivas sobre la noción generacional, y el artículo "Generaciones y revolución. Meditación inconclusa sobre un problema", de Ricardo Machado, publicado en *El Caimán Barbudo* N° 6, en el mismo año 1966.





gramsciana de intelectual, el historiador argentino afirma que una generación no sólo ni sustancialmente puede verificarse en torno a lo etario, así como tampoco por la yuxtaposición de individuos aislados; sino prioritariamente por pertenecer a una determinada época histórica y formar parte de un trazado colectivo -lo cual no necesariamente implica pertenencia a un específico grupo- a partir de una sensibilidad innovadora que opera sobre una realidad material concreta. La edad de sus miembros, así, se establece como un factor contingente.

Entendida como acto creador y no expelido por una situación biológica, una generación depende más de “una fermentación alianzas, inquietudes y acuerdos comunes”⁴¹ que de la cercanía en el número del documento de identidad de cada ciudadano. Una generación se caracteriza entonces por *reconfigurar saberes, transformar hábitos* intelectuales preexistentes, generar una praxis propia, *consumar latencias* comunes y elaborar signos de pertenencia y rasgos concomitantes que aúnen prácticas y abordajes. Una generación posee en definitiva, un *obrar compartido en una determinada época*, regido por la colaboración y la polémica bajo un mismo sustrato. La integración en una generación se delimita, por lo tanto: “por la actitud ante una historia, una crisis y la propuesta de una vida cultural alternativa”,⁴² y debe asumirse como hecho plausible de detección mediante una evaluación política dentro de una trama social. De allí que Acha sostenga que el tema del intelectual se subordina necesariamente al de la generación, pues la intelectualidad siempre debe pensarse en tanto hecho colectivo.

Desde esta óptica, se concluye que una generación surge cuando un sector relacionado con la producción de bienes y hechos simbólicos asume la problemática de su época y actúa en consecuencia generando una renovación del pensamiento, estableciendo afinidades, prácticas, objetos y reflexiones que pretenden obrar sobre las demandas de su pre-

⁴¹ Acha, O. (2008); *La nueva generación intelectual. Incitaciones y ensayos*. Buenos Aires: Herramienta. P. 86

⁴² Acha, O. Op. Cit; p. 82.

sente a partir de lógicas que proceden de las peculiaridades de sus respectivos oficios.

A partir de estas especificaciones es que se inquiera aquí la posibilidad de incorporar en la “generación de la Revolución” a quienes participaron originalmente en los debates y producciones intelectuales en el marco de la construcción de una nueva cultura revolucionaria en un país subdesarrollado del Tercer Mundo y de América Latina, los cuales, al integrarse polémicamente, elaboraron originales quehaceres y una nueva agenda propia que promovió la figuración de una intelectualidad revolucionaria en perenne articulación con el liderazgo político de la Revolución. Con evidentes divergencias en sus abordajes, esta intelectualidad se negó a sí misma como nueva elite y pretendió colaborar en la constitución de los puentes necesarios para fomentar la adquisición de bienes culturales por parte del pueblo cubano –como afirma Otero, notoriamente alejado de los mismos hasta 1959- a partir de un masivo y extenso trabajo que incluyó una profunda ampliación de las labores del intelectual, estableció el replanteo de sus prácticas específicas y de sus saberes previos, participó en la configuración de un nuevo estatuto para lo cultural dentro de la compleja construcción del nuevo Estado y, en su radicalidad crítica y con variadas consecuencias, comenzó a repensar el término que la denomina. Este horizonte común fue asumido por personalidades de las más variadas edades, más allá de que mayoritariamente la generación revolucionaria de los sesenta haya estado constituida por jóvenes que le otorgaron su fisonomía.

En este sentido, si bien Fernández Retamar en “Hacia una intelectualidad revolucionaria en Cuba” diferencia con precisión a las generaciones intelectuales cubanas a partir de especificidades culturales, no deja de someterse al tradicional criterio etario para considerar como miembros de la “generación de la Revolución” solamente a aquellos que poseían alrededor de treinta años o menos en enero de 1959 –es decir, los coetáneos de los líderes revolucionarios-, más allá que dentro del proceso participen intelectuales de diversas “generaciones” con igual empeño. La





agudeza de Retamar le impide evadir esta evidencia, y por ello enuncia que el criterio generacional empobrece todo análisis sino se conjuga con un elemento ideológico que lo trascienda transversalmente y que, en el caso que atañe a su artículo, fundamenta la incorporación a la Revolución de miembros de la generación vanguardista, de la de enterrerrevoluciones y de los jóvenes que iniciaban su actividad en momentos de la publicación de ese texto. Sin embargo, la ecuación edad + ideología no aborda con la complejidad necesaria la constitución de la generación revolucionaria en Cuba durante los sesenta.

Concepción y función del intelectual revolucionario

Debido a la proliferación y profundidad de los debates, 1966 fue un año determinante en la construcción discursiva de la figura de un nuevo tipo de intelectualidad en América Latina y el Tercer Mundo, y *Casa de las Américas* se convirtió en uno de los principales instrumentos para ello.

Con "Hacia una intelectualidad revolucionaria en Cuba", Roberto Fernández Retamar produjo una de las primeras sistematizaciones que expresaron el corrimiento desde la problematización del lugar del intelectual en la Revolución hacia la discusión sobre qué tipo de intelectual requiere el proceso en curso; esto es, el pasaje de pensar el lugar del intelectual en términos meramente relacionales a inquirir también en la práctica intelectual en sí misma, hecho que considera la impronta de *su* generación. "El escritor en la Revolución Cubana" de Lisandro Otero y la encuesta "El papel del intelectual en los Movimientos de Liberación Nacional" fueron dos indispensables antecedentes que conformaron junto con el artículo de Retamar una serie -a la que se pueden agregar la Declaración del Comité de colaboración de *Casa de las Américas* de marzo de 1967, el Seminario Pre-Congreso de La Habana de octubre del mismo año y el propio Congreso Cultural de 1968, no abordados en este trabajo- que dio cuenta de una reflexión colectiva que incluyó a su vez una mirada

crítica sobre la política cultural sostenida por los Estados Unidos hacia América Latina, la cual se expresó en la publicación de la Mesa Redonda radial, el debate con Neruda por los efectos de su participación en el Congreso del PEN Club y la polémica suscitada alrededor de la aparición de *Mundo Nuevo*, entre otras acciones culturales con sede en La Habana.

Si "El socialismo y el hombre en Cuba" constituyó una orientación a seguir y si la nueva generación intelectual surgida en esos años comenzó a liderar diversos espacios institucionales, la ya por entonces emblemática *Casa de las Américas* fue la caja de resonancia local y de difusión internacional del debate intelectual, así como también de la problematización de la propia concepción del mismo al poner en cuestión la definición tradicional y al incorporar en la deliberación a intelectuales extranjeros, incluso no excluyentemente latinoamericanos.

Los posicionamientos vertidos permiten interpretar las nociones desplegadas desde la intelectualidad de la Revolución Cubana que, como observamos, no dejó al margen posturas discordantes, sino que fomentó una discusión en la cual se delinearon perspectivas y se establecieron diferenciaciones dentro del ámbito revolucionario. En términos generales, se evidenció el enfrentamiento con la concepción liberal del intelectual y el alejamiento de la noción de *compromiso*, se discutió la distinción entre teoría y práctica a la hora de abordar la acción cultural, de igual modo que la excesiva especialización en pos de quebrar la noción de totalidad en la que toda práctica –también la cultural– se encuentra sumida, por lo que el intelectual revolucionario debía comprender que su acción se desenvolvía en un país subdesarrollado del Tercer Mundo y en el marco de la construcción del socialismo en el caso cubano y de resistencia al orden burgués en el resto de los países latinoamericanos. Se arremetió, asimismo, contra la despolitización de la práctica intelectual y contra el aislamiento individualista del escritor. Ante ello, desde La Habana se le otorgó carácter político a la propia actividad y se la insertó en el curso revolucionario, del cual se la consideró una faceta peculiar pero no desgajada. Ello, no obstante, se realizó con el reparo –cuanto menos verbal– de evitar la caída en la subordinación política, pues, por un lado, la crítica resultó un princi-





pio elemental del intelectual, y por el otro, se preservó la necesidad de experimentación que debía regir esa misma acción.

Como afirmó el desenlace del texto de Retamar, nuestra sola integración en un cuerpo colectivo genera su transformación, aunque sea mínima. De ello se deriva que nuestra individualidad se expresa dentro del conjunto. El fin del individualismo, por lo tanto, no repercute en suprimir la individualidad de cada integrante del conjunto, entre ellos la del intelectual, sino en afianzarla, algo en lo que había enfatizado previamente Ernesto Guevara en "El socialismo y el hombre en Cuba".

Podemos agregar que lo que se transforma con la incorporación del intelectual al proceso revolucionario no es solamente el espacio al que éste se suma, sino, también, el propio intelectual. Integrarlo a la lucha revolucionaria, hacerlo trascender su disciplina sin que por ello prescinda de las peculiaridades intrínsecas de su producción, unirlo orgánicamente a la lucha política y que conserve expresión individual, creativa y crítica comenzó a ser condición para formar parte de una categoría que resonó fuertemente en esos años y que se convirtió en excluyente poco después: la de *intelectual revolucionario*, término que encontró en el adelgazamiento de la distancia entre teoría y práctica una de sus características definitorias conjuntamente con –a partir de la influencia del pensamiento de Antonio Gramsci– la notoria ampliación de las prácticas que cabían en él.

Bibliografía:

Acha, O. (2008). *La nueva generación intelectual. Incitaciones y ensayos*. Buenos Aires: Herramienta.

AA.VV. (1966). "Carta abierta a Pablo Neruda". *Casa de las Américas* N° 38, septiembre-octubre, La Habana: Casa de las Américas. pp. 131-135.

Calandra, B; Franco, M. (2012). *La guerra fría cultural en América Latina. Desafíos y límites para una nueva mirada de las relaciones interamericanas*. Buenos Aires: Biblos.

Castro Ruz, F. (1961). "Palabras a los intelectuales". Departamento de versiones taquigráficas del Gobierno Revolucionario, La Habana [on line] <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1961/esp/f300661e.html>

Desnoes, E. et al (1966). "Sobre la penetración del imperialismo yanqui en América Latina". *Casa de las Américas* N° 39, Noviembre-Diciembre de 1966. La Habana. Casa de las Américas. pp. 133-139.

Fernández Retamar, R. (1967). "Hacia una intelectualidad revolucionaria en Cuba". *Casa de las Américas* N°40, enero-febrero, La Habana. Casa de las Américas. pp. 4 a 18.

Guevara, E. (1997). *Obras Completas*, Buenos Aires: MACLA.

Gilman, C. (2003). *Entre la pluma y el fusil, debates y dilemas del intelectual revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Gramsci, A. (2000). *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Martínez Pérez, L. (2006). *Los hijos de Saturno. Intelectuales y Revolución en Cuba*, México: FLACSO.

Marx, K. y Engels, F. (2008). *El manifiesto Comunista*. Buenos Aires. Herramienta.

Marx, K. (1845). Tesis sobre Feuerbach [On Line] <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/45-feuer.htm>

Mazzeo, M. (2012). *Conjurar a Babel. La nueva generación intelectual argentina a diez años de la rebelión popular de 2001*. Buenos Aires: El colectivo-Dialektik.

Mudrovic, M. (1997). *Mundo Nuevo: Cultura y guerra fría en la década del '60*. Rosario: Viterbo.

Núñez, C. (Comp) (1966). "El papel del intelectual en los procesos de li-



beración". *Casa de las Américas* N° 35 La Habana: Casa de las Américas. pp. 83 a 99.

Otero, L. (1966). "El escritor en la Revolución Cubana". *Casa de las Américas* N° 36-37, Mayo-Agosto. La Habana: Casa de las Américas. pp. 203 a 208.

Pogolotti, G. (Comp) (2006). *Polémicas culturales de los sesenta*. La Habana: Letras Cubanas.

Ruedo Ibérico N° 16 (1967-1968). diciembre 1967-enero 1968, París: Ruedo Ibérico.

Stonor Saunders, F. (2001) *La CIA y la guerra fría cultural*. Madrid. Debate.

